

## DOMINGO X.

DESPUES

## DE PENTECOSTES.

## EPISTOLA PRIMERA

DE SAN PABLO Á LOS CORINTHIOS,  
cap. 12. v. 2. II.

*Hermanos : Sabeis , que quando erais Gentiles , os ibais á los ídolos mudos , como erais llevados . Por tanto os hago saber , que ninguno que habla por Espíritu de Dios , dice anathema á Jesus . Y ninguno puede decir , Señor Jesus , sino por el Espíritu Santo . Pues hay repartimientos de gracias , mas uno mismo es el Espíritu . Y hay repartimientos de ministerios , mas uno mis-*

*despues de Pentecostes . 199 mo es el Señor : Y hay repartimientos de operaciones , mas uno mismo es el Dios , que obra todas las cosas en todos . Y á cada uno es dada la manifestacion del Espíritu para provecho . Porque á uno por el Espíritu es dada palabra de sabiduría ; á otro palabra de ciencia segun el mismo Espíritu : A otro fe por el mismo Espíritu : á otro gracia de sanidades en un mismo Espíritu : A otro operacion de virtudes : á otro profecía : á otro discrecion de espíritus : á otro linages de lenguas : á otro interpretacion de palabras . Mas todas estas cosas obra solo uno y el mismo Espíritu , repartiendo á cada uno como quiere .*

## INSTRUCCION.

**A**unque las operaciones del Espíritu Santo sean , hermanos mios , muy diferentes de los efectos que produce el espíritu del mundo , sin embargo como tal vez podriamos engañarnos , el

Apóstol nos describe hoy con mucha razon estas diferentes operaciones, á fin de que comparando con ellas nuestras obras, podamos juzgar si tienen por principio el Espíritu de Dios. Esta comparación es, hermanos míos, de mucha importancia, á fin de que las obras del pecado, y las impresiones del espíritu de la mentira no fascinen nuestros ojos, ni seduzcan nuestro entendimiento. Para este fin, entremos con el Apóstol en el detalle de estas diferentes obras, estudiemos su principio, consideremos sus efectos, y sobre todo no apartemos de nosotros con una vida desarreglada el Espíritu á quien es dado el formar corazones puros. Esta es la única advertencia que me parece esencial para que saqueis de esta Epístola los frutos que deseo; pero elevemos ántes nuestros corazones, y pidamos al Espíritu Santo que obre en nosotros uno de los prodigios que vamos á referir, y que junte á sus dones una voluntad pronta.

En esta Epístola recuerda el Apóstol á los Corintios su primer estado para darlos mejor á conocer las ventajas que gozaban. Quando erais gentiles, dice, os ibais á los ídolos mudos,

como erais llevados. Por tanto os hago saber, que ninguno que habla por Espíritu de Dios, dice anatema á Jesus. Y ninguno puede decir, Señor Jesus, sino por el Espíritu Santo. Estas palabras del Apóstol son por sí mismas muy luminosas, porque si subimos al corto espacio de tiempo que hemos pasado baxo el yugo del pecado original, podremos decir, que si entónces no eramos idólatras, eramos á lo ménos enemigos de Dios, incapaces de adorarle con la inteligencia y el respeto que exige, indignos de participar de sus favores, y ciegos del todo para seguir sin resistencia las impresiones del espíritu de las tinieblas. Debemos, hermanos míos, dar á Dios infinitas gracias, porque nos ha dexado sentir los horrores y los peligros de este estado. En efecto, si volvemos los ojos á los años en que viviamos baxo la ley de Satanás, no podremos ménos de reconocer que en aquel tiempo eramos idólatras de nuestras pasiones, y que ellas nos arrastraban á los desórdenes mas vergonzosos. A pesar de esta vergüenza seguiaimos con imprudente seguridad, y con docilidad desgraciada todas las impresio-

nes de estas pasiones criminales mas insensatas aun que la idolatría, por mas despreciable que parezca. ¿No es, Christianos, una extravagancia imperdonable, el servir á las pasiones que envenenan el corazon, que turban la conciencia, que llenan la vida de las amarguras mas punzantes, y que preparan para la futura suplicios eternos? ¿podremos comprehender cómo la sed del dinero sea capaz de traernos tantos peligros, ó á lo ménos tantos trabajos, tantas vigiliás, tantos sustos; cómo el deseo de hacer gran fortuna pida tanta atencion, y exija las bajas mas vergonzosas, y muchas veces delitos, que de otro modo no se cometieran; cómo los placeres de los sentidos sean causa de enfermedades molestas, y de males y dolores agudos, en los quales se conserva siempre el mismo gusto por el deleite? ¿No es esto segun la expresion del Apóstol, dexarse dominar por la tiranía mas cruel? Los que de esta manera se conducen; podrán acaso lisongearse de pertenecer al Espíritu de Dios? No, hermanos míos, ninguno que habla por este Espíritu, dice anatema á Jesus. Este es un Espí-

ritu de verdad, de piedad, de ciencia, de sabiduría: su cargo es el de instruir á los hombres en las adoraciones que deben á Jesu-Christo; y así ninguno puede decir, Señor Jesus, sino por el Espíritu Santo.

El Apóstol no habla solo de la letra de este adorable nombre: los demonios le pronunciaban en otro tiempo con temor; los impíos le pronuncian algunas veces con desprecio; y la mayor parte de los Christianos con la indiferencia mas criminal. El Espíritu Santo nó es en manera alguna el principio de todas estas disposiciones: al contrario, por su virtud pronunciamos el nombre de Jesus con aquella profunda veneracion, y aquel vivo reconocimiento que exige su qualidad de Salvador: por este Espíritu los actos de religion producen los efectos mas saludables: en fin el Espíritu Santo reparte los dones que Jesu-Christo nos ha merecido, y los comunica á quien quiere, y como quiere. El Apóstol dice, hay repartimientos de gracias, mas uno mismo es el Espíritu. Hay repartimientos de ministerios, mas uno mismo es el Señor: hay repartimientos de operaciones, mas uno

mismo es el Dios que obra todas las cosas en todos.

¡O con quanta razon exclama en varios lugares de sus Epístolas: ¡ó profundidad, ó inmensidad impenetrable de las riquezas de Dios! En efecto, ¿será posible contar la variedad de bienes espirituales que comunica Dios entre los miembros de su Iglesia, y que distribuye á cada uno segun las miras de su misericordia y su justicia? Hermanos míos, tened entendido que todos los dones que proceden de un mismo principio, tienen sus destinos particulares, y conformes á los designios del Espíritu de Dios sobre nosotros. Los unos se nos comunican para nuestro consuelo, nuestro apoyo y recompensa: los otros para exercitar nuestra fe, probar nuestra confianza, y purificar nuestra caridad. En ciertas circunstancias parece Dios liberal, misericordioso, inmenso en gracias y favores: en otras es un Dios que calla, que se muestra insensible á las oraciones mas freqüentes y fervorosas: algunas veces no habla sino para llenar de terror el corazon de sus criaturas, y no obra sino para castigarlas con golpes muy sensibles; pero

segun la expresion de San Agustin es tan misericordioso de una manera como de otra. ¡Qué conducta tan sabia en circunstancias tan diferentes! ¡Qué medios tan oportunos para consolar á los justos, y sostenerlos en el camino de la virtud! Algunas veces habla á su corazon, y entónces se le puede decir con el Profeta: Dios mio, ¡quán inefables son las dulzuras que reservas para los que te temen! En otras se derrama en bendiciones, y les proporciona muchos y sensibles consuelos: aumenta su fortuna, su honor y su reputacion: multiplica sobre manera su prosperidad: les concede hijos virtuosos que les anuncian su feliz vejez: les cerca de amigos tiernos, sabios y prudentes que previenen sus deseos, que evitan sus desgracias, y los consuelan en sus trabajos. Entónces á la vista de una prosperidad tan constante exclaman los justos con el Profeta: así será bendito el hombre que teme al Señor.

Pero no todas han de ser felicidades, hermanos míos. Algunas veces entrega tambien su Espíritu á violentas agitaciones, y su corazon á sentimientos gravísimos: permite que el ene-

migo disipe sus bienes, y marchíte su opinion: en el seno de su familia, donde solo debia reynar la paz, encuentra motivos de confusion y dolor; en fin aflige su cuerpo con enfermedades largas y molestas que le consumen sus fondos y le quitan la paciencia. Sin embargo no es dificil conocer que su mano benéfica es quien le conduce por caminos tan dificiles, y entónces lleno de satisfaccion y de alegría prorrumpe diciendo: estoy con Dios en mis tribulaciones.

Esta variedad, esta riqueza de dones que comunica á los justos, no es mas que una pequeña emanacion de las riquezas inmensas de que habla el Apóstol, las quales se difunden de una manera mas admirable todavía sobre los pecadores. En efecto ¡qué sollicitud, qué llamamientos para ganarlos! ¡qué golpes tan saludables por una mano tan indulgente! ¡Qué casualidades y sucesos tan bien preparados! ¡Qué obstáculos desvanecidos! ¡Qué abismos abiertos á sus mismos pies! ¡Qué cadenas quebrantadas, qué advertencias, qué consuelos, qué cargos, qué remordimientos! El pecador con tantos

medios debe estar muy ciego, ó haber llegado al colmo de la insensibilidad para desconocer la mano caritativa que le procura sanar sus llagas y llevar al puerto de la salvacion. Considerad, hermanos míos, que de todas quantas ideas han de consternar al pecador impenitente en el dia de las venganzas, la mas fuerte será la de los pasos que el Señor ha dado, y el poco fruto que han tenido por su dureza é indolencia.

Pero si obra Dios con tanta eficacia para el bien de cada alma en particular: ¿quién será capaz de ponderar las palabras de su sabiduría, de su poder y misericordia en el establecimiento y en la proteccion diaria de su Iglesia? El Apóstol solo indica los diferentes dones que el Señor concedia en los primeros dias del Christianismo para formarse un pueblo de adoradores fieles. A unos por el Espíritu es dada palabra de sabiduría. Este don se perpetua en todos los que tienen á su cargo el dirigir con sus consejos prudentes las costumbres y la conducta de las personas que están á su cuidado. De aquí se deduce la obligacion que tienen los padres de ser moderados, y de

hablar con suma precaucion para que sus palabras no sean materia de escándalo para sus hijos, como lo serán indefectiblemente no conformándose á la sabiduría eterna. Deben asimismo estudiar con toda atencion sus diferentes caracteres, y dar á cada uno los consejos mas convenientes para formarlos en la virtud. A otros es dada palabra de ciencia segun el mismo Espíritu. Este don se perpetua en los Ministros de Dios establecidos para enseñar la ley á su pueblo. Es muy estrecha por tanto la obligacion que se impone á los Sacerdotes, y á todos los que se consagran á este ministerio de adquirir y conservar la ciencia de la salvacion, á fin de que Dios no los separe del Sacerdocio, y que no sean del número de aquellos de quienes habla el Profeta Ezequiel que iban de parte del Señor, y hablaban en su nombre no siendo sus enviados. A otros es dada la fe por el mismo Espíritu. Este don comun á todos los estados se perpetua en los que instruidos en las verdades eternas las aplican continuamente para la reforma de sus costumbres, que juzgan de todos los acontecimien-

tos guiados por las lices de la fe, y que se conducen en sus empresas de una manera conforme á las reglas de la fe. El uso recto de este don es un gran recurso en las violentas tentaciones que el mundo suscita, y en las tribulaciones y trabajos que la humanidad hace indispensables. En fin este don es absolutamente necesario al Christiano para fortificarse en los principios de la fe, y no dexarse arrastrar de las seducciones de la falsa filosofia. A otro es dada gracia de sanidades en un mismo Espíritu. Este don exterior y visible tan necesario en los primeros tiempos para confirmar la doctrina, no se perpetua entre nosotros sino de una manera espiritual, y se encuentra en todos los que trabajan con zelo y eficacia en la conversion de los pecadores. Vosotros, hermanos míos, podeis participar de este don quando guiados por este Espíritu os impongais la obligacion de aliviar á vuestros hermanos en sus necesidades espirituales y temporales, de visitarlos, de consolarlos, y de participar de sus males. A otro es dada operacion de virtudes. Para participar de este don no es necesario obrar prodigios ex-

teriores que inviertan el orden de la naturaleza, ó que á lo ménos excedan sus fuerzas. En todos géneros hay prodigios que se obran á nuestra vista, y que contribuyen á la edificacion de los fieles: prodigio de paciencia en los trabajos; prodigio de caridad en los ricos que son benéficos; prodigio de humildad en las almas simples; prodigio de penitencia en los pecadores convertidos; prodigio de piedad en los justos. El Espíritu Santo sin embargo de la corrupcion universal obra todos los dias prodigios de esta especie para nuestro consuelo. A otros es dada profecía. Este don no consiste en predecir siempre con claridad los sucesos futuros. Así como este conocimiento era necesario para el establecimiento de la Iglesia, ya es inútil en unos dias en que todas las verdades estan probadas y confirmadas en el corazon de los fieles; pero sin embargo el Espíritu de los Profetas está entre nosotros, y él es quien le demuestra al Christiano del modo mas convincente su destino futuro, quien le hace meditar en la eternidad, y le dicta las precauciones mas propias para ser feliz. La discrecion de Espiritus que el

Apóstol cuenta en el número de los dones del Espíritu Santo quizá es, hermanos míos, de mayor uso entre nosotros que en la primitiva Iglesia. En otro tiempo era necesario este don para distinguir los Apóstoles de los seductores, los milagros de los prestigios, las profecías de las palabras vanas; y ahora es el mayor preservativo contra la falsa filosofía del siglo, que para encubrirse mejor, toma cierto ayre de sabiduría, de razon, y algunas veces de religion.

El don de linages de lenguas, y el de interpretar las palabras no pueden reconocerse en el seno de la Iglesia sino tomándolos en un sentido místico. El nombre de Dios es ahora bendito en todas las lenguas y en todas las naciones del mundo. En efecto cada lengua abunda de Christianos fieles que honran á su Dios con su conducta y sus exemplos.

Mas todas estas cosas, hermanos míos, obra solo uno, y el mismo Espíritu repartiendo á cada uno como quiere. Así no contemos en adelante con nuestros méritos; pero no desconfiemos de su bondad, ni dexemos de

implorar su socorro. Recibamos á manos llenas los favores que nos dispensa, no abusemos de las riquezas de su misericordia, y esperemos siempre recoger los frutos en los tabernáculos eternos. Así sea.

EVANGELIO DE SAN LUCAS,

cap. 18. v. 9. 14.

En aquellos dias dixo Jesus esta parábola á unos, que fiaban en sí mismos, como si fuesen justos, y despreciaban á los otros: Dos hombres subieron al templo á orar: el uno Phariséo, y el otro Publicano. El Phariséo estando en pie, oraba en su interior de esta manera: Dios, gracias te doy, porque no soy como los otros hombres, robadores, injustos, adúlteros; así como este Publicano. Ayuno dos veces en la semana: doy diezmos de todo lo que poseo. Mas el Publicano, estando léjos, no osaba ni aun alzar los ojos al Cielo: sino que heria su

después de Pentecostes.

pecho, diciendo: Dios, muéstrate propicio á mi pecador. Os digo, que éste, y no aquel, descendió justificado á su casa: Porque todo hombre, que se ensalza, será humillado: y el que se humilla, será ensalzado.

INSTRUCCION.

De todas las parábolas que Jesu-Christo propone en el santo Evangelio, no hay una, hermanos míos, que sea mas interesante é instructiva que la presente. Son muy comunes en estos dias unos hombres que á la manera del Fariseo orgulloso fian en sí mismos con desprecio de sus hermanos; que están satisfechos de su inclinacion á la virtud, y que se creen autorizados para censurar y tener en ménos á todos, porque ellos en la apariencia manifiestan mas virtud y justicia.

Jesu-Christo enemigo declarado de la hipocresía no puede contener su indignacion contra los hipócritas, y qui-



tándoles la máscara con esta parábola, nos da una lección para distinguir la verdadera de la falsa justicia. Cuidado, hermanos míos, no sea que imiteis el orgullo de este Fariseo hipócrita; y si hasta el día habeis sido humildes para reconocer vuestras imperfecciones y flaquezas, sed también sinceros para avergonzaros de vuestro orgullo. Estos dos hombres del Evangelio nos conducen por una ruta diferente al conocimiento de esta verdad; y por tanto exigen nuestra atención.

Es cosa por cierto muy notable que Jesu-Christo que se había mostrado indulgente siempre con los pecadores mas escandalosos y perdidos; que este hombre Dios, irreprehensible en su conducta, que se exponía á las hablillas del pueblo, y toleraba que los mal intencionados le tuviesen por uno de ellos quando le veían tratarlos familiarmente, y sentarse á su mesa, perdiere al parecer toda su bondad quando hablaba de los Fariseos. La muger adúltera se presenta en el templo con aquella confusión y vergüenza que la debía inspirar la publicidad de su delito, y Jesu-Christo la recibe con el mayor

amor, y la habla en unos términos los mas afectuosos. El Zachêo atrae sobre sí el ódio público por causa de sus usuras y rapiñas, y Jesu-Christo clava en él sus ojos, y escoge su casa con preferencia para descansar. La pecadora, quando viene á darle un testimonio de su arrepentimiento y de su amor, despierta en todos los circunstantes la memoria de sus deshonorosos escándalos; y Jesu-Christo la colma de los elogios debidos justamente á la virtud. Los Fariseos nunca le desamparan, le siguen en todos sus sermones, le oyen con gusto, le preguntan acerca de sus dudas, y parecen los hombres mas adictos á su persona: sin embargo Jesu-Christo solo usa con ellos de amenazas, de anatemas, y se aprovecha de qualquiera circunstancia para reprehenderlos. Qué, ¡será solo Dios para los grandes pecadores! ¡ Los pecados y los escándalos darán mas pronto y fácil acceso á sus favores y misericordias!

Es necesario, hermanos míos, conocer por una parte el carácter de Jesu-Christo, y por otra las disposiciones de los Fariseos para descubrir la causa verdadera de una oposición tan notable.

Como Médico hábil sabe proporcionar los remedios á las enfermedades. El orgullo es una llaga muy honda que no se cura con la contemplacion y la dulzura; y así es preciso profundizarla si se quiere poner algun remedio. ¿Deberemos pues admirarnos si para desengañar á los Fariseos y á todos sus secretarios y admiradores emplea Jesu-Christo una parábola tan terrible? Estos hombres eran tales que no podía echarseles en cara ningun exceso ni escándalo. Instruidos en la ley de Dios, la cumplian en todas sus partes con la exâctitud mas escrupulosa; pero sin embargo confiados en sus buenas obras se lisongeaban de estar muy adelantados en el camino de la perfeccion y la virtud. No solo satisfacian su amor propio considerando sus buenas disposiciones, sino que comparándose con sus hermanos, sacaban siempre la ventaja á su favor. El mismo orgullo que aumentaba á sus ojos sus buenas obras, aumentaba tambien los defectos del próximo; de manera que se autorizaban con su justicia aparente para censurar á todos los demas.

Este defecto es muy comun, her-

manos mios, entre las personas que se precian de virtud y de providad. El espíritu de murmuracion y de crítica es tan natural en los devotos, que si hemos de juzgar por la propia experiencia parece que la devocion y la buena conducta suponen tambien mucha hiel interior, mucho orgullo, demasiada satisfaccion propia, y cierto mal genio y aspereza de carácter, que influye sobre manera para despreciar á todos. ¡Desgraciada virtud que se hace muchas veces insoportable aun á los mismos que quieren profesarla! Este abuso toma su origen en dos desórdenes igualmente peligrosos. Los devotos hipócritas abusan como el Fariseo de la virtud para encubrir sus injusticias; y los impíos y los libertinos quisieran para desacreditarla hacerla responsable de todos los excesos que se permiten los hipócritas y los falsos devotos. Escuchad ahora el medio de que se vale Jesu-Christo para ocurrir á esta doble desgracia.

Dos hombres, nos dice, subieron al templo á orar. En esto quiere enseñarnos, que no todos los que practican exteriormente las obras del Christianis-

mo serán justificados delante de Dios. Importa poco la asistencia al templo en las solemnidades prescriptas por la ley: se puede muy bien rogar al Señor con los verdaderos hijos; y sin embargo no serlo ni inclinar su misericordia. Las verdaderas disposiciones del corazón, y la caridad que se manifiesta por las obras, son los medios, dice San Agustín, por donde se distinguen los que pertenecen á Dios por Jesu-Christo.

Estos dos hombres, á quienes un mismo acto de religion reune en el templo eran de estado muy diferente; el uno Fariseo, y el otro Publicano. Los Fariseos gozaban de la primera distincion en el pueblo: eran graves y serios en todas sus acciones: estudiaban continuamente la ley, y procuraban conformar con ella en el exterior su conducta y sus costumbres. Por consecuencia eran tambien los primeros en el templo, y se derramaban delante de Dios en largas oraciones. Como su instruccion era muy superior á la del baxo pueblo, se esmeraban para conformarse con las prácticas de la ley, y procuraban evitar la nota de la menor falta en este punto: su exterior anunciaba un

espíritu de mortificacion y de penitencia: sus conversaciones eran siempre de la moral; y recelando que todavía esto no fuese bastante para edificar al pueblo, llevaban en sus mismos vestidos escritas las máximas de la ley. Llenos de zelo por la religion que profesaban reprehendian con severidad qualquiera transgresion por pequeña que fuese; y con una conducta tan irreprehensible y edificante atraian el respeto y la veneracion pública. Comunmente se les daba el título de Maestros; se les concedian los honores mas singulares, y se les destinaban las primeras sillas en las sinagogas y en los regocijos públicos; en una palabra todos procuraban imitarlos, y el que mas lo conseguia, ese se tenia por mas perfecto y de mayor mérito. Ved, hermanos míos, la idea que nos da el Evangelio de los Fariseos: veamos ahora quales eran los Publicanos, y conoceréis la diferencia entre estos dos estados.

Los Publicanos eran los exáctores de los tributos é impuestos del Príncipe, y por esta causa traian sobre sí el ódio y el desprecio que regularmente llevan consigo semejantes empleos:

esto era causa de que se les considerase como enemigos, y se les comparase con las personas mas baxas y despreciables; de manera que bastaba tratar con frecuencia un Publicano para ser el objeto de la crítica de todas las gentes: así el mayor cargo que los Fariseos pensaron hacer á Jesu-Christo fué el de que vivia y comia familiarmente con ellos. Además de esto tomaban muy poco interes en la observancia de la ley, ya porque su empleo les llevaba mucho tiempo, y ya porque tambien era ocasion de continuas injusticias: en fin abusando muchas veces de su comision, se hacian odiosos con exacciones y rapiñas; y miraban con indiferencia el cargo de indevotos y disipados.

¿Cuál de estos dos hombres pensareis, hermanos míos, que seria mas digno de la atención y acogida del Señor? ¿Quién os parece que está mas dispuesto para pedir y conseguir? Si las apariencias de la virtud anunciasen siempre un estado de santidad y de justicia, decidirian sin duda en favor del Fariseo. Pero Dios, que conoce el interior de los corazones, y que no se

dexa pagar por actos exteriores, os dará una leccion muy importante para que vuestro juicio sea conforme y arreglado. Veamos como se explica el Evangelio.

Por decontado nos dice Jesu-Christo que el Fariseo oraba estando en pie; es decir, que olvidaba que era un verdadero pobre, un verdadero mendigo, que debia pedir en una postura la mas respetuosa y humilde, y que quando se trata de representar al Señor las enfermedades y miserias que padecemos, debemos recurrir á los sentimientos de la humildad mas profunda. Olvidaba que no tanto ha de meditarse en la oracion sobre las virtudes que hemos adquirido, quanto sobre aquellas de que carecemos: es muy justo á la verdad manifestar á Dfios nuestro reconocimiento por los bienes que se ha dignado dispensarnos; pero el primer testimonio que exige de nuestra sensibilidad, es una confesion de nuestras imperfecciones y flaquezas. Olvidaba que el justo léjos de vanagloriarse de tener ménos pecados que su próximo, debe gemir y temblar; porque quantas mas gracias haya recibido, tanto mas riguroso y

terrible será su juicio, y tanto mas profunda su caída; en una palabra la oracion del Fariseo es una larga enumeracion de sus muchas virtudes, mientras que debia ser una exposicion simple de sus verdaderas necesidades. Dios, dice, gracias te doy porque no soy como los otros hombres. ¡Oh presuncion detestable! exclama San Bernardo, ¿tú no eres como los demas hombres? Ah, ¿estás por ventura dispensado de la mancha vergonzosa que deshonra á todo el linage humano á los ojos de Dios? ¿Estás exento de la ley de la carne que combate en nuestros miembros continuamente contra la ley del Espíritu? ¿Han sido acaso arrancadas de tu corazon las semillas funestas de esas pasiones, de esos vicios vergonzosos que afligen á las almas mas fervorosas? ¿Habrá Dios criado para tí solo un corazon insensible á los atractivos de la concupiscencia? Miserable, confúndete al registrar los senos de tu corazon.

Pero veamos como prosigue este hipócrita. La mayor parte de los hombres, dice, son codiciosos de los bienes ajenos, y andan buscando siempre los medios mas apropósito para robarselos;

pero yo léjos de haber incurrido en este delito, me privo de los míos propios para aliviar al próximo, reparto mi pan con los infelices, y pago con exáctitud los diezmos. Los demas hombres son injustos, y acomodan las leyes á sus caprichos y pasiones; pero yo no tengo otra ley que la de mi Dios, y la cumplo con toda exáctitud. A los preceptos que me dá junto la observancia de las obras que me aconseja: ayuno escrupulosamente los dias que estan señalados, y además dos veces en la semana para mortificar mi carne. El resto de los hombres se dexa dominar de las inclinaciones mas vergonzosas, no respetan los sentimientos de la naturaleza, ni reconocen la provida; y así se derraman en todos los vicios, y principalmente en el adulterio que tan comun es, y tantos males causa; pero yo procuro guardar las reglas de la honestidad, y como sé la gravísima ofensa que los adúlteros hacen á la sociedad, y los males irreparables que causan á las familias, me contengo en los límites de la castidad para que la conciencia no me arguya de pecado tan horrible: en fin en nada me parezco á este

Publicano. ¿Podeis, hermanos míos, oír sin indignaros la oración de este Fariseo? La comparación odiosa que hace entre los defectos del común de los hombres y sus propios méritos, ¿no da una idea poderosa del orgullo que infla su corazón? Pero decidme, ¿habrá Christianos que hablen de sí de la misma manera delante de su Dios? ¡Ah, cuán ingeniosas son la malignidad y el espíritu de crítica para aplicar á nuestros hermanos las verdades que oímos en los púlpitos! La presunción y el amor propio hacen al hombre ignorante y estúpido quando trata de aplicárselas á sí mismo; y en fin nadie se juzga como el resto de los hombres ni en las virtudes, ni en los vicios: no en las virtudes, porque siempre se cree mas perfecto: no en los vicios, porque encuentra muy á mano los medios de disculparlos. Escuchemos, hermanos míos, al grande Agustino, el qual léjos de lisonjearse con orgullo de los sentimientos de virtud, que la gracia habia formado en su corazón, lloraba sin cesar los peligros á que podia arrastrarle la fragilidad de la naturaleza, y aseguraba que podia el justo caer en faltas las más groseras

si la gracia del Criador no le fortificaba.

Pero dexemos á este Fariseo hinchado con sus falsas virtudes, y demos toda nuestra atención á la oración del Publicano que se expresa de muy distinta manera. Este hombre sabe que la casa de Dios es la mansion del recogimiento y de la oración: que la presencia sola de un pecador es capaz de despertar en el justo la memoria de todos sus escándalos, y teme sobre manera inquietarle en su oración, de la qual penderá quizá su gracia: sobre todo el espacio que media entre Dios y su pecado le parece inmenso, y por tanto no se atreve á orar sino de léjos. Son tantas las injusticias y los pecados con que ha irritado al Señor, que teme que una sola mirada suya despierte su cólera, y por tanto ni aun osaba alzar los ojos al cielo. Ya que su corazón ha ofendido al Señor con tantas iniquidades, quisiera castigarle como merecia, y para dar una señal de su dolor, heria su pecho diciendo: Dios, muéstrate propicio á mí pecador. El verdadero dolor, hermanos míos, no conoce ni los gemidos, ni las lágrimas; y así el Fariseo no

puede explicar el suyo con largos discursos. Esta corta oracion contiene todo lo que debe pedir y lo que puede esperar: soy pecador, he aquí el compendio de su crimen, y una confesion sincera y sin disfraces. Su Dios es misericordioso, y por tanto solicita que se muestre propicio. Así Jesu-Christo en vista de una oracion tan humilde prosigue diciendo: os digo que éste, y no aquel, descendió justificado á su casa.

¿Pero qué tenia esta oracion del Publicano á los ojos de Jesu-Christo para ser tan eficaz y poderosa? Escuchadlo, hermanos míos, y arreglad vuestras oraciones á la suya, si no quereis que sean tan inútiles como lo han sido hasta aquí. Si orais pues con humildad, con sinceridad, con perseverancia y confianza, orareis como el Publicano.

Orad con humildad, y no deis la preferencia á las necesidades ajenas sino á las vuestras; porque ante todas cosas debeis procurar vuestra salud, y despues la de vuestros hermanos, como enseña la caridad. Sobre todo evitad las comparaciones, porque tal vez en aquellos que teneis por ménos que vosotros se encuentran perfecciones secretas de

que sois incapaces miéntras que vuestro corazon está lleno de llagas ocultas que tanto le deshonoran á los ojos de Dios. Si quereis hacer alguna comparacion útil, que sea con vosotros mismos: es decir, comparad lo que sois con lo que debeis ser; lo que habeis sido en el primer momento de conversion y de fervor con lo que habeis vuelto á ser por causa del pecado.

Orad con sinceridad, y no confieis á los labios únicamente el cuidado de exponer vuestras necesidades, porque acontecerá muchas veces que no esten de inteligencia con el corazon. Vuestros labios piden diariamente que Dios haga su voluntad, y vuestro corazon abunda en su voluntad propia: vuestros labios piden el pan de cada dia, y vuestro corazon solo suspira tras las satisfacciones y superfluidades de la vida: vuestros labios piden á Dios que os perdone así como perdonais á vuestros enemigos, y vuestro corazon sin embargo se alimenta con la ira y la venganza: en fin vuestros labios piden que Dios os libre de mal, y vuestro corazon busca las ocasiones y los peligros. Así, hermanos míos, no van

acordes las oraciones con los afectos, y por consecuencia no tenéis que esperar lo que pedís.

Orad con la debida confianza, y no temáis que os rehusé las gracias que solicitéis de qualquier naturaleza que sean con tal que se pidan en nombre de Jesu-Christo. El Christiano que ruega con incertidumbre, manifiesta, ó que está poco penetrado de la necesidad de los favores que solicita, ó poco convencido del poder de aquel que se los ha de dispensar.

Orad finalmente con perseverancia. Si Dios no se cansa nunca de nuestra importunidad, ¿por qué nos cansaremos nosotros de pedirle? Si alguna vez tarda en corresponder, ¿no será justo esperar, pues que también él nos espera? Es verdad, dice San Agustín, que concede su misericordia quando quiere, y á quien quiere; pero también exige que pidamos sin cesar, y entónces tarde ó temprano manifestará su voluntad. Estas son, hermanos míos, las reglas de la buena oracion, y por consecuencia la causas de la insuficiencia é inutilidad de la mayor parte de las vuestras. Debeis por tanto concluir de estos ar-

tecedentes, que qualquiera que sea vuestro estado, y por multiplicados que sean vuestros desórdenes, el templo de Dios está abierto siempre, y el Señor muy propicio para oiros; pero solo debéis entrar para orar, porque qualquier otro objeto es indigno de la Magestad que le habita. Antes de orar deponed todo el amor propio y los sentimientos con que lisongeis vuestras virtudes. Si os comparais con el próximo, que sea para reconocer las imperfecciones que os deshonran: acordaos en fin que sois pecadores, y vuestro Dios misericordioso, y con estas disposiciones sin duda fructificará vuestra oracion.

¡Qué preciosa es la humildad, Dios mio, á vuestros ojos! Ya Señor que dispensais tantos elogios por esta sola causa á la oracion del Publicano, permitidme que os diga en nombre de mis oyentes: Dios, muéstrate propicio á nosotros pecadores. Yo conozco que esta deshonrosa qualidad nos priva de los derechos que tenemos como Christianos á vuestras gracias; pero si el nombre de pecador es un título de reprobacion y de anatema á los ojos de vuest-